



Mercado de la Boquería (Barcelona)

EL PASEANTE SABATINO DE LA BOQUERIA

■ JULIA SAEZ-ANGULO

Jordi Pla, el historiador de arte, decidió que aquel sábado iba a ser distinto a todos, porque iba a pasar a la acción. Se encaminó como cada semana al mercado de la Boquería, porque allí podía practicar a gusto su deporte preferido: ver pasar a la gente y seleccionar con la vista los tipos humanos para encuadrarlos en la escuela o el movimiento artístico adecuados. Claro que tenía como preferencia mirar a las mujeres, porque la naturaleza tiene sus propias exigencias. Precisamente al mercado acuden más mujeres que hombres y allí en la Boquería a todas se les daba el tratamiento máximo:

– Qué vols, reina? Tot a bon preu! Vine al mercat, reinal

Para los vendedores de la Boquería no había acepción de personas y trataban de reinas a todas por igual, grandes damas, modestas amas de casa

de clase media, mujerzuelas zarrapastrosas o ancianas de las que rascan el monedero a la hora de pagar. Ver pasar a la gente, mirar, detenerse en unas buenas pantorrillas, recrear la mirada en unas hermosas nalgas, ver moverse en el aire la gracia de gacela de unas manos que explican un asunto a cualquier vendedor... todo un campo de mira y todo ello con arte, sin que se note, sin ser visto.

Con frecuencia se colocaba en las colas más largas para, desde allí, apostarse en un lugar estratégico y sin despertar sospechas. Después, cuando casi le llegaba su turno, abandonaba el lugar como quien cambia de opinión y elegía otro rincón parapetado o una nueva cola, que le permitiera seguir oteando el fluir de los pasos, los gestos, las voces y los manoteos de las mujeres.

Al fin y al cabo él no tenía mucho que comprar,

vivía sólo y era frugal en la comida, pero por nada del mundo renunciaría a pasar la mañana del sábado en un mercado como la Boquería, que tenía un sabor y una prosapia especiales entre los muchos que había conocido de niño junto a las faldas de su madre, –ella viuda y él hijo único– cuando lo llevaba de la mano todos los sábados de su infancia. Aquellos paseos sabatinos al mercado eran para él como un homenaje a su difunta madre, el único ser que le había amado de verdad, desinteresadamente.

La Boquería tenía para él un aroma único, de naturaleza y genero humano convenientemente amasados; su aire era de gran catedral del pasado, no en balde su fachada ostentaba un orgulloso escudo de la ciudad suspendido por unas guirnaldas de flores, donde se podía leer el nombre de Mercado de San José, y la fecha histórica de 1886, junto a la información de ser el mercado más antiguo de Europa.

Su enorme armazón metálico de hierros convergentes en arcos le proporcionaban el aspecto de ventrudo esqueleto visible de la época en que fue construido, y en la pared del fondo, un reloj, ya algo deslucido y enmarcado en un polvoriento estarcido de orlas granates, ofrecía perezosamente la hora. Todo traía el eco de su nacimiento, el substrato de su origen, y evocaba su pretérita fisonomía, que nadie osaba retocar. El presente sólo se imponía con la presencia lustrosa y fresca de pescados, carnes y hortalizas, que los vendedores pregonaban de modo bilingüe –catalán y castellano según las voces de los que pasaban– a las clientes que se paseaban atentas a lo que aquella riler de puestos ofrecía. Una mercancía seductora de olor y color, presentada con la imaginación de los mejores escultores y expertos en instalaciones plásticas.

Jordi Pla se regodeaba pensando que aquel sábado iba a ser distinto, porque al fin iba a llevar a cabo su proeza. Las primeras gotas, que le habían

obligado a ponerse su gran gabardina azul marino de largos faldones, habían dado paso a un sol espléndido. Mientras atravesaba las Ramblas, camino del mercado de la Boquería, echaba miradas furtivas a la legión de pintores posimpresionistas, que trataban de vender sus cuadros a las decenas de paseantes y curiosos que llenaban el paseo todos los fines de semana.

El historiador de arte se había preguntado una y mil veces, sin encontrar respuesta satisfactoria, por qué se habría enquistado aquel tardío movimiento impresionista, decimonónico y francés, en las Ramblas, atiborrando de cuadros de aquel estilo decadente a los hogares más horteras de la región y estragando el gusto de sus compradores de generación en generación. Aquellos pintores domingueros con su paleta bien granada de colores chillones y espátula fácil, pintaban sus cuadros delante de la gente con ademanes autosuficientes y convencidos de ser los grandes genios y maestros del siglo, como si las vanguardias todavía no hubieran hecho todavía acto de presencia. Jordi Pla apartaba la vista de aquel cúmulo de horrores para volverla a la gente,



que se desenvolvía con gracia y donosura en aquellas Ramblas cercanas al Mediterráneo, auténtica ágora y foro de encuentros.

Pasado el tramo de los vendedores de flores y pájaros, Jordi Pla llegó y entró a la Boquería, donde, por fin, tendría lugar su hazaña. Claro que tendría que seleccionar muy bien a la mujer elegida; era un factor clave y decisivo para la acción y por ello estaba dispuesto a otear con atención el ambiente para no dejar escapar la buena pieza de caza.

Pasó una mujer con aspecto lánguido y le miró la cara, tenía los ojos tristes y la mirada meditabunda, su palidez tenía atractivo, pero las ligeras arrugas de su frente denotaban cierta preocupación. Su belleza parecía esfumada. Arrastraba de la mano a un niño escuálido y enclenque, lo que le daba el aire de una estampa miserabilista, similar a la familia de saltimbanquis de la época azul de Picasso. No, definitivamente, aquella mujer, pese a su hermosura mustia, no podía ser la elegida de su acción. No era la adecuada.

Una mujer alegre, pequeña y regordeta se le cruzó en el camino y la siguió de cerca para contemplar sus mofletes redondeados, sus labios bien pintados en color pimentón, sus párpados verdes, sus cejas llenas de rimel y su pelo recién peinado en una de esas peluquerías en las que peinan a todas las mujeres con el mismo peinado tipo casco de motorista. Jordi Pla pensó que ningún artista la tomaría jamás como modelo. Tenía el aspecto de mujer feliz, de hembra satisfecha, de señora de comerciante que nada en la abundancia pero le falta hasta el primer intento de estilo. Seguramente que la familia de su marido hizo el dinero con el estraperlo después de la guerra y ellos se beneficiaban ahora de una situación holgada, donde la belleza campaba por su ausencia.

No, aquella hembra regordeta y contenta no iba a ser la elegida de su heroicidad soñada tanto tiempo atrás, casi desde que su madre lo llevaba al mercado siendo un niño y hacía las largas colas ante la casquería y tan sólo llegaba a la altura de los mismí-





simos glúteos de las señoras. Después, cuando creció, su olfato percibía con una mezcla de placer y culpabilidad el aroma acre de sudor y el desodorante de las mujeres en las axilas; fue entonces cuando le nació aquella idea obsesiva, que se resistía a poner en práctica y que por fin aquella mañana de sábado se convertiría en realidad.

Pasó de largo por el puesto de carne de Matilde, una muchacha tímida, dulce y ausente, a la que su padre y patrón ordenaba con la satisfacción de poner en claro quien mandaba allí y quien era el dueño de toda aquella exhibición de anatomías animales cuadrúpedas. Matilde era hermosa, sí, pero algo lánguida y desgachada. Su pelo rubio ceniza, su cutis blanco marmóreo y su mirada siempre baja le daban el aspecto de una figura simbolista y luctuosa, como una escultura mortuoria de un panteón esculpido por Clará. No. Matilde no le motivaba lo más mínimo para aquello que pensaba hacer; se requería una mujer más atenta, despierta y audaz, incluso con cierta capacidad de respuesta.

De espaldas divisó la sugerente silueta de una mujer con echarpe negro sobre una falda roja hasta media pierna y un capacho de mimbre al costado. Era como una modelo noucentista salida de un cuadro de Nonell. ¿Cómo era posible que emergiera una mujer de esas características en pleno final de

siglo? Avanzó con cierta desazón y curiosidad para verle el rostro y, por la expresión y el habla, comprobó que era una hermosa gitana que vendía flores.

Se aposentó en una esquina fumando nervioso un cigarrillo, mientras contemplaba con complacencia aquella beldad de cierto remango y decires sueltos para atraerse clientela. Aquella agraciada hembra podría muy bien ayudarlo a llevar a cabo su decisión, pero el hecho de que fuera gitana lo contuvo; temió de repente verse rodeado, imprecado y ajusticiado por todo el clan de la tribu si se atrevía ante ella.

Una escena dura, turbia y sangrienta pasó por su pensamiento; los cuchillos de acero refulgían en el aire y los cuerpos de la gitana y el suyo mismo caían al suelo con una cadencia de cámara lenta. Sería mejor olvidarse de la bonita mujer, de aquel modelo de Nonell que vendía de modo furtivo flores de papel y plástico, escondidas en su capacho y que en aquel momento las ofrecía a las mujeres que hacían cola en la pescadería.

Se adentró en la zona de los frutos secos y se extasió ante la espalda de una mujer medio cubierta por una algodonosa melena morena y rizada, como la de Gala, modelo y musa de Dalí. Atraído como por un imán se colocó detrás de ella y pudo disfrutar a gusto su olor, una mezcla sutil de sudor y colonia, y mirar sin impedimento de ningún tipo un lunar marrón, en el lateral de su cuello, que apareció cuando se retiró la melena con un suave movimiento de sus dedos.

Se adentró en la zona de los frutos secos y se extasió ante la espalda de una mujer medio cubierta por una algodonosa melena morena y rizada, como la de Gala, modelo y musa de Dalí. Atraído como por un imán se colocó detrás de ella y pudo disfrutar a gusto su olor, una mezcla sutil de sudor y colonia, y mirar sin impedimento de ningún tipo un lunar marrón, en el lateral de su cuello, que apareció cuando se retiró la melena con un suave movimiento de sus dedos.

¡Qué mujer tan atractiva! Tendría poco más de cuarenta años y no sabía muy bien por qué, le había traído el perfume de su madre, cuando con el pulverizador se aplicaba varios toques en el cuello y detrás de las orejas, con unos gestos precisos y medidos, que le fascinaban y hacían que la espíase siempre que se arreglaba para salir de casa. A veces le pulverizaba colonia a él, en su pelo, para hacerle refir.

Decididamente, aquella sería su mujer elegida, la que tendría la primicia de su gesta. Se alejó un poco de ella, para disfrutar mejor desde lejos su figura, pero justo cuando terminó de pagar la compra y



estaba a punto de volverse, se le acercó un hombre, probablemente su marido y se fueron juntos del brazo. Jordi Pla se quedó decepcionado. De seguir así, aquel sábado sería uno más, como todos desde que visitaba mercados cogido de la mano de su madre cuando era un niño.

El se había propuesto, que aquel día fuera distinto, que aquel sábado constara en los anales de la Boquería, de su propia historia y de su biografía, de la misma manera que en el año 1886 se había marcado la fecha del nacimiento del mercado a la entrada en su escudo. Trató de insuflarse ánimo y retomar fuerzas para llevar a cabo el propósito que se había hecho aquella misma mañana, después de todo no había ido tan mal el asunto. Habla descubierto mujeres estimulantes, pero hasta entonces todas ellas tenían alguna objeción. Debía encontrar alguna sin traba; todo era cuestión de no desalentarse e insistir.

Siguió recorriendo el recinto y mirando los ricos conjuntos cárnicos o frutales de los diferentes puestos de venta, que le traían a la memoria los elegantes bodegones de Sánchez Cotán, o los jugosos y

sabrosos de Meléndez. Un pavo desplumado le recordó el cuadro de Goya con el mismo tema y una ternera abierta en canal, la carnosa pintura de Soutine. Después se acercó a un puesto de cerámica y vio casi recompuesto el bodegón de los cacharros de Zurbarán, su cuadro preferido, colgado en la Colección Cambó.

Aquel último recorrido por el mercado le había reconfortado el ánimo. Arte y mercado confraternizaban en unas analogías asombrosas. Seguramente, él había estudiado Historia del Arte para establecer ese paralelismo entre la realidad de los productos en venta y su representación en la ficción ilusionista de la pintura. Definitivamente, escribiría un libro sobre ese tema, con buenas ilustraciones que pusieran de manifiesto las constantes en los diversos géneros y tipologías.

Levantó la vista y su corazón sufrió un palpito acelerado. ¡Era ella! su locutora de televisión preferida, la que estaba comprando frente a un puesto de flores y plantas. Ella, la que le agitaba y regodeaba las noches de los jueves con su programa de entrevistas a políticos, sociólogos, psicólogos y otros





muchos expertos en diversos logros humanos. El la esperaba puntualmente delante del televisor, con un whisky en la mano y bien relajado en el sofá. Y ahora la tenía delante de sus ojos en carne y hueso, posando su vista en un cactus de brote enhiesto y rechazándolo inmediatamente como si temiera que sus púas le lastimaran el cuerpo.

Inmediatamente, ella acarició con la mirada un palo de Brasil y una bilbergia y, finalmente, indicó a la florista unas carnosas calas con espádice de un intenso amarillo. Jordi Pla la veía de perfil y seguía atentamente los movimientos de su boca al hablar aunque no podía oír lo que decía. En un momento dado la locutora sonrió a la vendedora, mientras recogía en su mano el cambio del dinero.

Aquella sonrisa felina, o más bien de serpiente, era la que lo atraía, la que lo excitaba jueves tras jueves en la pantalla de cristal, y en aquel momento la veía a unos pasos. Sí, definitivamente, ella iba a ser la receptora de su proeza, la destinataria de su audacia, la primera conocedora de sus largos atributos y dotadas potencias.

Cuando ella dio media vuelta, el historiador de arte abrió de par en par su gabardina, y levantó bien

altos los largos faldones de la misma. Jordi Pla parecía un hombre murciélago. La locutora de televisión lo miró y se quedó estupefacta, pasmada y clavada en el sitio, abrazada a su maceta de calas, con los ojos como platos y sin pestañear, pero al instante, la florista también se percató de la escena y comenzó a gritar desafortunadamente. A sus gritos acudieron todas las comadres de los puestos cercanos en el mercado y decidieron también gritar e insultar al hombre murciélago. Dos agentes del orden se acercaron a él, le cerraron la gabardina y lo arrastraron hacia la salida. La locutora de televisión soltó las manos de su tiesto, que se rompió con estrépito en el suelo, y agitó sus manos en el aire con gesto de despedida al hombre murciélago.

—Hasta la vista Priapo, le dijo

Jordi Pla sonrió satisfecho, y cuando lo llevaban por el arco de salida hacia el coche celular aparcado en el exterior, sintió que lo sacaban a hombros por la puerta grande.

□

JULIA SAEZ-ANGULO. Periodista y escritora. Crítica de arte. Ha publicado varios libros de relatos y de arte.